

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 4.^a de Cuaresma.

SERMON DEL MANDATO.

*Exemplum enim dedi
vobis quemadmodum ego
feci, ita et vos faciatis.*

JOAN., XIII, 15.

Porque os di ejemplo,
para que como yo hice
con vosotros, así vosotros
hagais.

*Mandatum novum do
vobis, ut diligatis invicem,
sicut dilexi vos.*

— JOAN., XIII, 14.

Os doy un mandamiento
nuevo; que os améis mu-
tuamente como yo os he
amado.

Vamos á contemplar un espec-
táculo que los cielos y la tierra no
pudieron presenciar sin asombro.
Vamos á escuchar verdades tan
sublimes, acompañadas de ejem-
plos tan edificantes que fueron
ayer poderosas á salvar de la
muerte un mundo agonizante, y
son hoy las únicas que entrañan

virtud maravillosa para sacar al
mundo moderno de esos insonda-
bles abismos en donde se ha pre-
cipitado como un insensato á im-
pulsos del error y del vicio.

Vamos primero en espíritu á
Jerusalem, la ingrata, y penetre-
mos en el Cenáculo, salon espa-
cioso, teatro de la tiernísima es-
cena que hoy conmemora el mun-
do cristiano. Era una noche pura
y apacible; y mientras que los
impíos de Jerusalem se reunían
en consejo para trazar un plan
inícuo y horrible, el Salvador del
mundo habia reunido á los suyos
en el Cenáculo para dar á los
hombres, juntamente con las su-
blimes lecciones de la mas pro-
funda humildad, las pruebas mas
inequívocas de su infinita cari-
dad. Sentado estaba en medio de
sus discipulos Aquel que para
unir el cielo con la tierra, habia

unido á sí propio la divinidad y la humanidad. Miraba Jesucristo con amor á sus discípulos, y cuando á ellos miraba, nos miraba también á nosotros; llamábalos hijos, y cuando les daba este nombre, á nosotros también nos lo daba. Sus labios se abrían para pronunciar palabras del cielo; respiraban una ternura infalible y una inefable tristeza; se despedía entonces el Padre de los hijos y delante de sus ojos alzábase ya la Cruz. Sabiendo Jesús que Dios había puesto todas las cosas en sus manos y que era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre, se levanta de la mesa, se despoja de sus vestiduras que podían servirle de estorbo, ciñese con una tohalla, echa después agua en un lebrillo, arrodillase á los pies de aquellos pobres pescadores, y se los lava y limpia con sin igual amor.

Gran asombro debió causar en los apóstoles la conducta de Jesucristo. Testigo S. Pedro que al ver á su Maestro arrodillado y en ademán de lavarle los pies, se levanta precipitadamente, corre asombrado por el salón, quiere hablar y no acierta, habla por fin, y exclama conmovido: «Señor; ¿tú me lavas á mí los pies? Tú que eres el Señor del mundo, el Rey de los Reyes; tú que eres

Dios, has de lavarme los pies, á mí, pobre y rústico pescador, á mí que soy un vil esclavo, á mí, criatura vil, y hombre miserable! No lo consiento; de ninguna manera; jamás. No penetraba San Pedro el misterio de las humillaciones del Hijo de Dios; no comprendía que para elevar al hombre hasta la altura de Dios, era preciso que el mismo Dios se humillase y anonadase hasta los pies del hombre mismo. Por eso le dice Jesús: Si no te dejas lavar, no tendrás parte conmigo. Terrible amenaza que arranca á San Pedro esta respuesta generosa: Señor, lavadme, no solamente mis pies, sino las manos también y la cabeza. El Salvador le dice: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, porque está todo limpio. Y vosotros limpios estais, mas no todos. Sabiendo quien era el que le había de entregar, dijo: No todos estais limpios. Y después que les hubo lavado los pies, volviéndose á sentar, les dijo: ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Me llamais Maestro y Señor; y bien decis porque lo soy, no por gracia de los hombres, sino por mi esencia y naturaleza. Pues si yo, el Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos á los otros. Por-

que ejemplo os he dado, para que vosotros hagais, mutuamente como yo he hecho con vosotros.

Tomó despues el pan, lo bendijo, lo partió y dando á sus discípulos, les dijo: Tomad y comed: Este es mi cuerpo que luego va á ser clavado en la Cruz. Tomó despues el caliz, le bendijo y dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed: Este es el caliz de mi sangre que dentro de poco será derramada por vosotros y por todo el mundo... Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis mutuamente como yo os he amado.» El que así habla, el que así obra, no puede menos de ser Dios. Y nosotros que hemos oido tales palabras, y presenciado tales egemplos que arrebatarán eternamente de amor y admiración á los cielos, no cabiendo en el pecho la admiracion y el amor. caigamos de rodillas y adoremos: Jesucristo ha promulgado desde el Cenáculo dos leyes sapientísimas, cuya observancia es necesaria á los individuos y á las sociedades si de veras anhelan por su verdadera dicha. Estas leyes son la humildad y la caridad.

No hay, no hay ni puede haber para nosotros mas que tinieblas y desenvolturas, si no nos humillamos bajo la mano poderosa

de aquel Dios que ensalza á los humildes y arroja á los altivos del pedestal de su soberbia. La humildad, hermanos, es la ley de nuestro espíritu, como la caridad es la ley de nuestro corazón.

La humildad y la caridad, estas dos hermosas virtudes cristianas brotaron del corazón de Jesucristo y, arraigando despues en el corazón de los hombres, abrieron los cimientos de la verdadera grandeza, y envalsamaron todos los caminos de la vida mortal. Por medio de la humildad, que consiste en la sumision de nuestro entendimiento á la eterna verdad que es Dios, se esclarecen todas las dudas, se desvanecen todos los errores, se iluminan todos los horizontes, y el hombre aprende á conocer á Dios y á conocerse asimismo, que es el resumen de la verdadera ilustracion y la suma de la verdadera sabiduría. Por medio de la caridad, que consiste en el amor de Dios, que es el sumo bien; y en el amor de los hombres, que son nuestros hermanos, desaparecen todos los vicios y germinan todas las virtudes; el hombre se eleva, los pueblos viven felices y la sociedad semeja un paraíso donde todo es alegría, prosperidad, abundancia, y felicidad, preludio dichoso de aquellas delicias infini-

tas, de aquellos gozes eternos, purísimos, indefinibles, que tiene Dios aparejados en el paraíso de la gloria para los que le aman en la tierra con un amor sin reserva, ardiente é inquebrantable.

La humildad y la caridad nacieron juntas en el cenáculo del corazón de Jesucristo, y desde entonces andan juntas, llevando la luz, la medicina y la felicidad, allí donde arraigan y florecen; y juntas desaparecen, dejando en la oscuridad, en la miseria, y en la abyección á los pueblos que las desprecian. Entonces reina como soberana la soberbia, que es el principio funesto de todos los pecados; y rebelados los entendimientos contra Dios, que es la verdad, y contra la autoridad de la Iglesia, que es su órgano infalible; y no ambicionando los hombres más que los bienes de la tierra, y los falsos placeres del mundo, densas y espantosas tinieblas vienen á cubrir todas las almas, los hombres se pervierten, los corazones se endurecen, los pueblos arden en discordias y la sociedad no semeja más que un infierno donde reina la blasfemia, la impureza, el odio, la venganza, el caos, la anarquía, la disolución, la muerte. Entonces se cumple el oráculo divino, que promete grandes castigos á

los soberbios, así como grandes mercedes á los humildes. ¿Veis ese sol que asoma por el horizonte, y esos cielos tan hermosos, y refulgentes, y sus eternos luminares? ¿Veis esos mares bramadores, hermosísimos, turbulentísimos, y esa arena blanda, leve, en don demueren humildes esos roncós bramidos, esas concertadas armonías, y esas grandes turbulencias? ¿Veis esos campos tan llenos de frescura y esos bosques tan llenos de silencio, de magestad, y de sombras, y esas inmensas cataratas con sus inmensos vuelcos, y esos deslumbradores cristales de esas clarísimas fuentes? ¿Veis esa tierra que parece indestructible y esos cielos que parecen eternos? Pues está escrito que los cielos y la tierra pasarán pero no pasará la palabra de Dios que ha dicho: «El que se ensalce será humillado, y el que se humille será ensalzado.»

Abrid la historia y ella os enseñará, con una elocuencia terrible, que nadie en el mundo, ni hombre, ni pueblo, ni ciudad, ni nación se levantó impunemente contra el Dios que cabalga los aquilones. No quiero llevaros muy lejos; pasemos por alto las páginas de la historia antigua, que no son otra cosa que la relación de las rebeliones del hombre y de los castigos del cielo; fijáos bien en el carácter de nuestra época, observad lo que pasa á vuestro lado, y vereis exactamente cumplida esa ley inflexible, invariable, así de las in-

teligencias como de los corazones, á saber; que quien se ensalza, se verá humillado, y quien se humilla, será ensalzado. Estas es, hermanos míos, la verdad que nos importa conocer. Y todos conoceis que la mano de Dios está pesando horriblemente sobre el mundo. Todos sabeis que son grandes nuestros males, que sufrimos calamidades de todo género, que las aguas de la tribulación se han desbordado sobre nuestras cabezas, llevando el luto y la desolación al seno de las familias, el dolor y la amargura á todos los corazones, el llanto y la tristeza á todos los pueblos. Pero ¿cuál es la causa de tamañas desventuras como han venido sobre nosotros sino la soberbia de nuestro entendimiento y el orgullo insensato de nuestro corazón? No hay mas que soberbia y por eso no hay mas que calamidades. No hay mas que soberbia, y por eso no hay mas que humillaciones. Todos los corazones imitan á Satanás, no soñando mas que en su propio engrandecimiento con desprecio de Dios y de sus hermanos. ¿No lo veis? Toda carne ha corrompido sus caminos; suben hasta el cielo los gritos de los pueblos pecadores; despreciase la ley de Dios, no se agradecen sus beneficios, no se temen sus castigos, no se obedecen sus mandatos; y entregados los hombres al furor de sus pasiones, y sujetos á las pesadas cadenas que les forjara su soberbia, révuélvense en el cieno de los vicios mas degradantes, como

el águila que, herida por el rayo, se agita moribunda sobre la tierra que ha de recoger sus despojos.

¿Y cómo ha reinar entre los hombres la caridad cristiana, si el viento helado de la soberbia está apagando en los corazones la purísima llama del amor de Dios? Dónde está la soberbia, ha dicho el Espíritu Santo, no hay para el prójimo, mas que desprecios y contumelias (1). *Ubi fuerit superbia, ibi et contumelia.* Así es que la sociedad actual, blasonando de muy culta y civilizada, ha veuido á ser como campo de batalla donde el prójimo acecha á su prójimo, el hombre al hombre y el hermano al hermano para aprovechar la ocasión oportuna de dañarse y sacrificarse. Yo he penetrado en el seno de las familias, he recorrido los pueblos, he observado las costumbres de nuestras ciudades; y al ver la envidia que devora los corazones, los odios que se fomentan, los rencores que se avivan, las venganzas que se ejercen, las calumnias que se levantan, y las discordias que nos dominan, ¡Santo Dios! he tenido que exclamar tristemente: si es lícito al pobre mortal levantar el velo que oculta vuestros designios, me atrevo á asegurar que, en castigo de nuestra soberbia insensata y de nuestro egoísmo, vais á lanzar sobre nuestras altivas cabezas un anatema de muerte y de eterna reprobación. ¡Cuánta ceguedad! ¡cuánto desorden! Decidlo voso-

1. Prov., XI.

ros, apelo á vuestro juicio: ¿no es verdad que la soberbia domina hoy todas las almas y que la sensualidad mas grosera está señoreando todos los corazones? ¿No es cierto que de esas dos fuentes envenenadas han brotado todos esos pecados que no conocieron nuestros padres, todos esos vicios que nos envilecen, todos esos escándalos que deploramos, todos esos desórdenes y todos esos crímenes que affigen á la Iglesia y deshonoran á los pueblos cristianos? Y no tengo yo razon cuando os aseguro que la soberbia y el orgullo con que miramos los mandatos de Dios y los deberes cristianos, la falta de humildad y la falta de caridad, son la verdadera causa de todos nuestros males? ¿No veis ya tan clara como la luz del medio dia esta verdad que os anuncié al principio; esta ley divina, indeclinable, á saber, que los pueblos humildes se verán ensalzados por su humildad y que los soberbios se verán abrumados por su soberbia, bajo la inmensa pesadumbre de tremendos infortunios? Pues si todo esto creemos y confesamos, ¿por qué no buscamos un remedio pronto y enérgico para tanta y tan grave enfermedad? ¿Por que no comenzamos por reconocernos como indigno polvo en presencia de aquel Dios que ensalza á los pueblos humildes y confunde la altiva mirada de los hombres soberbios? (1) ¿Por qué no arrojamus de nuestro corazon

esos torpes amores que nos degradan, ese fuego impuro de la ambicion, de la lujuria, que abraza nuestras almas, para dar entrada al amor de Dios, fuego santo, purísimo, divino, que nos purifica, que nos engrandece, que engendra todas las virtudes y destruyra todos los vicios, que produce la paz y mata los odios, que hace del hombre un angel, de la familia un vergel y de los pueblos un paraíso? ¿Por qué no juramos esta tarde cumplir exactamente y agradecer con todo nuestro corazon las sublimes enseñanzas, los divinos mandatos, los altísimos ejemplos, y las pruebas incomparables de humildad, de abatimiento, de amor, y de caridad que Jesucristo nos dió en el cenáculo la vispera de su dolorosa pasion? Oid, señores, y guardad en vuestro corazon las palabras de Jesucristo; son palabras de un Padre moribundo y por lo tanto respiran una ternura inefable y debemos escucharlas con recogimiento y observarlas con escrupulosa exactitud. ¿Qué espectáculo se ofrece á nuestra vista! «Sabiendo Jesús que de Dios habia salido y á Dios volvía; en aquellos momentos en que visitaba á los hombres; en aquella hora memorable en que iba á comenzar el drama sangriento de la pasion, reflejando en su divina frente los resplandores de la eternidad, postróse en tierra el que era Dios y lavó los piés á los hijos del polvo. ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Ejemplo os he dado para

1. Psalm., XVII.

que lo imiteis; y bienaventurados si así lo hicieréis. Un mandato nuevo, grande, sublime os doy en este momento: que os améis mutuamente como yo os amo. Entendeis ahora como la humildad ha venido á ser la ley de nuestro espíritu y la caridad la ley de nuestro corazón? Pero notad que antes del precepto nos dá el ejemplo. Antes de prescribirnos la humildad, se arrodilla, se abate, se anonada á los piés de unos hombres rústicos y groseros. Antes de mandarnos que nos amemos los unos á los otros, el clementísimo Salvador instituye el Santísimo Sacramento, que es la obra mas grande de su amor á los hombres. A tales palabras, á tales ejemplos que proceden de un Maestro infinitamente sábio, de un Padre infinitamente amoroso ¿qué cabeza no se inclina? ¿qué corazón no se enciende? Ante Jesucristo que tanto se humilla, ¿quién de vosotros dejará de humillarse? Ante Jesucristo que tanto nos ama, ¿quién no ama? Por manera, hermanos míos, que la humildad y la caridad bastarian por sí solas para salvar tantas almas perdidas por la soberbia y para que esta sociedad decrepita por sus vicios, renaciese á la verdadera vida, pura y brillante como el sol de la gracia que ilumina al mundo. Pero ¿qué esperanza hemos de tener de que esta sociedad infortunada se vea curada de sus horribles males, si ha colocado como soberanas á la soberbia y la ambición allí don-

de debian brillar como reinas la humildad y la caridad? ¿Y qué esperanza podemos abrigar de ver desterrada la soberbia y el egoísmo, estas dos llagas sangrientas que lleva en el seno la sociedad, cuando se quiere arrojar del mundo á Jesucristo y borrar en los corazones los sentimientos cristianos? *Synagoga superborum non est sanitas*. No hay ni puede haber salud para una sociedad soberbia. Me habeis despreciado, dice el Señor, me habeis arrojado de las leyes, de las instituciones, de la sociedad, que yo fundé con mi poder y redimí con mi sangre, pues yo os repeleeré; y vuelvo á repetirte ¡oh Cafarnaüm! ¡oh sociedad rebelde! que serás sumergida en un abismo tan profundo como alta fué tu soberbia. ¡Jerusalem, Jerusalem! ¡España, España! Esto dice el Señor: «Dos pecados ha cometido mi pueblo: me han abandonado á mí que soy fuente de aguas vivas, manantial de grandeza, de prosperidad y de consuelos, y se han fabricado cisternas disipadas, doctrinas soberbias, sistemas inmorales, que no contienen mas que aguas inmundas, y ponzoñosas (1). ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! Tú has crucificado á Jesucristo y has dejado en libertad á Barrabás; Tú has pedido la muerte del justo y has gritado ébria de orgullo: que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Y la sangre del Justo que debia servir para

1. Peric. cap. 2.

purificarte, ha caído sobre tí como lluvia de fuego para abrasarte y condenarte. ¡Jerusalem, Jerusalem! grandes son tus pecados; pero aun es tiempo. Conviértete al Señor tu Dios, humíllate bajo su mano poderosa, que es mayor su misericordia que tu malicia y no desecha jamás á los corazones contritos y humillados (1).

Pecadores que me escucháis: Jesucristo está postrado á vuestros piés, pidiéndoos vuestro corazón para lavarle de las manchas del pecado. ¿Tendréis valor para negárselo? Hace un año quizá que no os habeis confesado. El demonio de la soberbia os ciega para que no veáis el abismo que tiene abierto debajo de vuestros piés. Algunos me consta que no quieren cumplir el precepto pascual. ¡Desgraciados! Fuéales mejor no haber nacido. Muchos de vosotros ireis á los piés de Jesucristo después de un año mortal en que habeis vivido mucho para el mundo, pero nada para Dios, habeis cometido muchos pecados, pero no habeis practicado ninguna virtud. Vosotros ireis al confesonario, con mucha soberbia y con escaso arrepentimiento. Vosotros ireis á comulgar como Judas y poco despues vendereis á Jesucristo y le entregareis á vuestras pasiones y le crucificareis en el patíbulo de vuestro corazón. ¿Sabeis adonde vais á parar con tan criminal proceder, con tan refinada perfi-

dia? á la impenitencia final. Vosotros imitais á Judas; vosotros vivis como Judas; vosotros morireis como Judas. No hay salud, no hay redencion, no hay esperanza para vosotros si pronto, pronto no os arrojaís á los piés de Jesucristo que en estos dias derrama, no en una jofaina, sino sobre toda la tierra, la sangre que puede purificar vuestras almas mancilladas. Mirad lo que haceis. Pensad lo que os conviene hacer. Hermanos míos: un soplo es la vida; mil enemigos la cercan, mil espadas penden sobre nuestras cabezas. Amad á Dios con todo el esfuerzo de vuestro corazón, amáos los unos á los otros como Jesucristo nos ha amado; practicad los mandatos, y seguid los ejemplós de amor y humildad que Jesucristo dió al mundo en aquella noche de eternos recuerdos; y en esta vida y despues de vuestra muerte, vosotros mismos sereis testigos de la eterna verdad que encierra este oráculo divino tan consolador para los buenos como terrible para los malos, á saber: que los soberbios se verán abrumados por su soberbia, rechazados por Dios y arrojados al abismo de la perdicion, al paso que los humildes, se verán ensalzados por su humildad, recibidos por Dios en las mansiones del cielo y elevados á la cumbre de la gloria que á todos deseo, Amen.

